

## Introducción

La incorporación de las mujeres a la enseñanza superior y la investigación en España tuvo un momento de gran desarrollo en las décadas iniciales del siglo XX. El aumento de mujeres en la universidad y en los puestos profesionales cualificados estuvo en buena medida propiciado por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE) y el resto de las iniciativas puestas en marcha por los creadores de la Institución Libre de Enseñanza, reformadores de muchas instancias de la educación y la investigación en España, incluyendo su apertura al exterior (Flecha García 2010; Vázquez Ramil 2012). En este camino, las carreras de ciencias y los laboratorios ocuparon un lugar nada desdeñable en las elecciones de estudio de las mujeres (Magallón Portolés 1998, 2007; Otero Carvajal y López Sánchez 2012), obviamente complementadas con otras salidas como la enseñanza, la puericultura o la enfermería, tradicionalmente más cercanas a la imagen habitual de las mujeres como cuidadoras.

La antropología tuvo en España un camino de desarrollo cronológicamente paralelo a este ascenso educativo y profesional de las mujeres, e igualmente ligado a la renovación institucionista y la labor de la JAE. Comenzada su institucionalización a finales del siglo XIX, en las primeras décadas del XX parecía que se ponían los cimientos para un buen desarrollo de la disciplina, en contacto e influida por las tendencias dominantes en Francia o Alemania. En la década de 1920 podía hablarse ya de la existencia entre nosotros de un grupo consolidado de antropólogos físicos, que iniciaban investigaciones rigurosas sobre el origen y la historia de la humanidad primitiva, y los caracteres morfológicos característicos de las distintas poblaciones actuales (Tomás Cardoso 2015).

El golpe de estado contra la República y la guerra que le siguió acabaron dramáticamente con la normal evolución de estos procesos. La antropología, como toda la actividad científica, sufrió cambios drásticos. El edificio institucional y universitario republicano fue literalmente «desmochado» (Claret Miranda 2006) y la práctica científica sometida a los principios de una ciencia cristiana, en consonancia con la ideología nacional-católica que fue imperante en la enseñanza, en todos sus niveles, hasta llegar al universitario, durante la dictadura de Franco (Otero Carvajal y López Sánchez 2012, 1031-1052).

Como en general en todas las disciplinas, se intentó instrumentalizar políticamente la antropología (Sánchez Gómez 1992), sobre todo durante los primeros años de posguerra, en dos sentidos. Por un lado, se consideraba una materia útil para los afanes, teóricos más que prácticos, del imperialismo y el colonialismo español, bajo la dirección de la idea de la *hispanidad*; de ahí la dedicación en la primera posguerra de numerosos estudios, incluidas muchas tesis doctorales, a la antropología de Marruecos y, en menor medida, de Guinea Ecuatorial. Por otra parte, la crisis demográfica y los indicadores de deterioro biológico de la población tras la guerra y en la durísima posguerra, además de la influencia hasta 1945 del racismo y el nazismo, llevaban a poner el foco explicativo de las variedades humanas en la raza (la raza española) y en la utilidad política de su estudio. Numerosos trabajos continuaron así, debidamente dirigidos, las investigaciones anteriores de Luis de Hoyos Sainz y otros antropólogos sobre antropometría española, tanto sobre morfología (talla, constitución, etc.), fisiología o indicadores genéticos como sobre la distribución regional de los grupos sanguíneos.

Con todo, y sin contradicción con la absoluta ruptura que supuso el franquismo con los procesos de modernización y desarrollo de la enseñanza superior y la investigación científica de la República, también hay que contemplar que después de la guerra se crearon centros y se implementaron, aunque siempre con escasez de recursos, programas dedicados a la investigación antropológica en España.

De igual manera, las mujeres, que hacía poco que habían alcanzado sus primeros puestos como ayudantes de laboratorio, investigadoras o profesoras universitarias en los años de 1920 y 1930, sufren al acabar la guerra, en mayor medida si cabe que sus compañeros varones, la depuración, el exilio y la cárcel, además de, por supuesto, la desposesión de sus puestos de trabajo; se puede afirmar que el balance de las que resultan «vencidas» es abrumador (Poey 2011, 259; Matilla Quiza 2010). Sin embargo, su desaparición de los medios académicos y profesionales franquistas no es total y vemos como algunas —bien consideradas políticamente— se mantienen en sus puestos (Cuesta Bustillo 2010; Romero de Pablos 2017; Santesmases 2017), aunque otras, la mayor parte, abandonan la carrera universitaria para refugiarse en la enseñanza media; un ámbito en que son admitidas con mayor tolerancia y que les permite un medio de vida independiente y viable (Poveda Sanz 2013; Lemus López 2022b).

Así pues, en este contexto de tremendos cambios y evidente ruptura entre la ciencia y su promoción por los gobiernos republicanos y la recreación de una ciencia católica y afín a los principios fundamentales del régimen totalitario, es donde se desarrolla también la historia de la incorporación de las mujeres, de un modo masivo en las primeras décadas del siglo xx, a la investigación y la enseñanza superior; un proceso que es conocido gracias a investigaciones ya clásicas (Flecha García 1996; Magallón Portolés 1998; Santesmases 2000; Romero de Pablos 2008).

Contamos así con una historiografía sobre las políticas públicas que, para promover el acceso de las mujeres a la enseñanza superior y a la investigación y la docencia, pusieron en marcha la Junta para Ampliación de Estudios, la Institución Libre de Enseñanza y otras instancias, desde las primeras décadas del siglo xx y especialmente por parte de distintos gobiernos republicanos (Capel 1990; Marín Eced 2002; Vázquez Ramil 2012). Las historiadoras también se han ocupado de analizar el efecto que la guerra de España y la posterior dictadura tuvieron sobre este proceso de incorporación, todavía incipiente (Romero de Pablos 2017), viendo cómo se plasmó en las biografías de algunas de las figuras sobresalientes de este momento. Así mismo, se ha trabajado sobre los principios que los distintos aportes ideológicos del franquismo, desde el falangismo al nacionalcatholicismo, implantaron sobre la acción pública y privada de las personas en función de su género (Martín Martín 1990; Rodrigo 2012), y finalmente también se ha abordado la cuestión de la continuidad y las rupturas entre la práctica modernizadora de la ciencia del periodo republicano y la llamada *ciencia católica* que intentó imponer el franquismo (Rodríguez López 2002; Otero Carvajal 2014).

Teniendo en cuenta que la perspectiva biográfica es una estrategia bien valorada y que se practica con buenos resultados en la historiografía feminista de la ciencia (Santesmases, Cabré i Pairet y Ortiz Gómez 2017), vamos a centrarnos en la carrera profesional y la investigación de una serie de mujeres, algunas de las cuales cursaron los estudios superiores y el doctorado en el periodo republicano (Margarita Comas Camps, Julia Morros Sardá y María Alegría Fernández Cabeza), y otras un poco más jóvenes, a caballo entre la República y la dictadura, pero ya con sus tesis defendidas en la universidad franquista (Caridad Robles Mendo, María Mercedes González Gimeno, Adelaida González Almejún y María Monclús Barberá). Estas últimas, además, tienen en común el haber formado parte del Instituto Bernardino de Sahagún de Antropología y Etnología (IBSAE), que será la institución que el régimen franquista creará en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) para centralizar y controlar el conocimiento y la investigación antropológica hecha en España, y adaptarla a los principios ideológicos de una ciencia católica.

En este libro se ofrece, así, un enfoque centrado en las mujeres científicas y se aportan datos no conocidos sobre sus biografías, sus investigaciones, sus carreras académicas y las circunstancias vitales en que se desarrollaron. Esta visión se incorpora en los contextos en que sus carreras y sus vidas están inmersas. Así, a partir de este interés principal por las científicas, se intenta ofrecer a la vez una exposición detallada del marco institucional y político en el que se desenvuelve la antropología física durante el franquismo. Obviamente, no se trata de hacer una historia pormenorizada ni completa de la antropología hecha en España durante este periodo. Este tema es relativamente bien conocido gracias a la obra de numerosos

historiadores y antropólogos, que ha sido utilizada y que aparece, por tanto, en el libro convenientemente referenciada.

Sin embargo, si nos hemos centrado en hacer una exposición algo más detallada del que fue el centro más apoyado políticamente y mejor dotado —aunque sea en términos relativos— para la práctica de la investigación antropológica durante el franquismo: el Instituto Bernardino de Sahagún de Antropología y Etnología. La inclusión de un centro dedicado a la antropología en el organigrama del CSIC —la institución estatal ideada por la dictadura para la investigación científica— indica ya de por sí la importancia que en la posguerra se pensó que podía tener esta disciplina para las políticas públicas y la sociedad del país. Se trata, pues, de un centro cuyo diseño, funcionamiento y dinámicas de trabajo pueden ser muy relevantes a la hora de valorar qué antropología se hizo durante el franquismo.

Es evidente que hubo más instituciones, más personas y más sectores involucrados en esta historia. Es también cierto que esta selección, como cualquiera que se haga, supone un sesgo y oscurece —como ha ocurrido con la intervención de las mujeres en ella— muchos otros agentes posibles. La focalización en los puntos potentes de Madrid y Barcelona en la práctica de la ciencia en España puede así ser un elemento que lleve a cierta distorsión. De igual manera, la selección de los personajes directivos en esta historia puede ser otro aspecto que introduzca cierta deformación.

El carácter «heroico» que en buena medida parece revestir la historia de las ciencias, explicada en torno a los padres fundadores a los que se atribuyen los grandes descubrimientos, hace tiempo que quedó en entredicho, a la vez que iba creciendo el nivel y la variedad de roles de otros agentes involucrados en el avance de los conocimientos científicos. En nuestro caso, los hombres concretos que ocupan los puestos dirigentes en las instituciones y que protagonizan la dirección de los trabajos no pueden estar revestidos de heroísmo alguno, pero hay que reconocer que sus figuras opacan a otras muchas personas que, en su entorno y bajo su férreo dominio, participaron en esta tarea de una forma más modesta o menos reconocida. El enfoque de género es necesario para contribuir a evitar el patriarcalismo que todavía informa la historia de las ciencias, empezando por la mera inclusión de las mujeres en la investigación científica, pero también para democratizarla, en el sentido de hacer de ella un relato de lo que no deja de ser un hecho social equiparable a otros, menos personalista y más colectivo.

Sobre estos sesgos, que son generales y comunes en muchas ciencias, en nuestro caso hay una selección que sería más particular de la disciplina en la que nos ocupamos. Se trata de la elección de la antropología física o biológica en detrimento de la cultural o etnología, cuando estamos ante un panorama en que se define, y se defiende, la unidad de las ciencias de la humanidad en el tratamiento de su variedad grupal, tanto física como cultural (Tomás Cardoso 2022). A lo largo de nuestro trabajo se ha intentado dar cabida a la práctica etnológica, puesto que esta formaba

parte de las instituciones y los procesos que estábamos exponiendo. Sin embargo, desde un primer momento el grueso de la información se ha centrado en la vertiente naturalista de la antropología; aquella que la relaciona más con las ciencias naturales, la biología, la genética y otras materias muy diferentes de la sociología, la etnografía, la lingüística; en suma, de los enfoques sociales y culturales que están en la base de la explicación de la variedad de las conductas humanas socialmente aprendidas.

La razón más importante para esta selección es que las mujeres que han sido objeto de nuestro estudio pertenecieron todas ellas a una formación científica naturalista y se dedicaron a la investigación en disciplinas y especialidades dentro de ella. Así pues, dado que forman parte de esta historia científica, determinan necesariamente el enfoque y el contenido del libro.

En cualquier caso, se ha tratado de proponer un relato en el cual se pudieran ver interactuando todos los elementos que hasta aquí se han expuesto. La estructura del libro está dirigida por este objetivo, y es por ello que, junto con el criterio cronológico, se ha recurrido también a una exposición temática para resaltar algunos aspectos que pueden ser considerados característicos de la antropología durante el franquismo.

Por otra parte, las mujeres que protagonizan esta historia están seleccionadas en función de su relevancia profesional, pero también porque representan distintos perfiles, momentos y circunstancias concretas posibles en el momento que les tocó vivir. Sus biografías representan, así, la amplia panoplia de posibilidades de acción, resistencia, resiliencia o liderazgo que se permitió a las mujeres investigadoras en un periodo histórico atravesado además, por líneas de fuerte conflicto y complejidad en el país, como el cambio de régimen político, la guerra y la dictadura.

Se han utilizado fuentes primarias, procedentes de archivos diversos, y los documentos publicados por las mismas investigadoras para dar a conocer su trabajo, a los que hemos podido tener acceso, así como la bibliografía especializada. Todavía hacen falta investigaciones de base para poder tener un conocimiento más acabado y exhaustivo sobre las protagonistas de este libro, cuyas vidas aparecen aquí solo esbozadas. Aún más, es necesario incluirlas en una nómina mayor, la de las mujeres que en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en las universidades y en otros centros de educación superior e investigación españoles mantuvieron, contra todo tipo de obstáculos, su capacidad para el trabajo científico; su convencimiento en la necesidad de estar en los laboratorios y las aulas; su resistencia ante los prejuicios y las injusticias; su resiliencia como subalternas; en fin, su derecho a tener un trabajo intelectual y un modo de vida acorde que les permitiera mantenerse ellas y a sus familias con dignidad.

Este libro ha ido surgiendo espontáneamente y creciendo al descubrir cada vez a más mujeres de las que no se tenía gran conocimiento. Pero sobre todo ha sido apasionante ir viendo cómo cada una de ellas era distinta, y descubrir cómo eran de

valiosas sus experiencias y sus trabajos; cada una con sus diferencias y contradicciones a veces, pero todas con vidas dignas de ser recordadas.

A lo largo de este camino ha habido muchas sorpresas, charlas con colegas, muchas coincidencias, encuentros estupendos y también carencias; y siempre, la ayuda de amigos, de archiveras, de bibliotecarios, de mi gente... Especialmente estoy en deuda con varios de ellos, empezando por todo el personal de mi biblioteca, la Biblioteca Tomás Navarro Tomás del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC. Pilar Martínez Olmo al frente y detrás de ella todas mis compañeras y compañeros hicieron que durante la pandemia del coronavirus los investigadores estuviéramos servidos y no nos pusiéramos nerviosas por si no teníamos los libros necesarios. Las archiveras, Rosa María Villalón y Raquel Ibáñez, del Archivo del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC; Ana Rocasolano, del Archivo General de la Universidad Complutense; Virginia Salamanques, del Museo de San Isidro, Los Orígenes de Madrid, y el conservador Luis Pérez Armiño, del Museo Nacional de Antropología; además de su extraordinaria diligencia, fueron también especialmente amables conmigo. Fructuoso Díaz, documentalista experto y buen conocedor del terreno franquista, buscó para mí con generosidad en la prensa, el Archivo General de la Administración y en otros centros datos valiosos. Luis Ángel Sánchez, compañero de años e investigador reconocido de la historia de la antropología española me puso en el (buen) camino de lo que fue el Instituto Bernardino de Sahagún y sus directivos. Pablo Alonso siempre me recordaba que la historia de la antropología española merecía la pena. Mi colega Luis Calvo, uno de los mejores conocedores de nuestra antropología y de su práctica en el CSIC, no solo me alentó continuamente, sino que a él se debe en definitiva que este libro esté publicado. El cuidadoso trabajo de María Sánchez, de Editorial CSIC, se aprecia en la calidad y el rigor formal de la edición. A la amabilidad de la antropóloga y doctora en Ciencias Sociales Adelaida Struck González, sobrina de Adelaida González Almejún, se deben datos precisos de sus trabajos y las fotografías que de ella se incluyen. Gracias al conocimiento de la doctora Struck, no solo de la personalidad y la obra de su tía, sino también de la historia y el devenir de la Universidad Central de Venezuela y las actividades docentes e investigadoras dedicadas a la antropología dentro de ella, he podido corregir muchas informaciones inexactas y errores. Además, le estoy sumamente agradecida por la fotografía que sirve de portada al libro.

Víctor M. Fernández me lleva ayudando tanto y durante tanto tiempo, que ya es difícil contar las veces y los asuntos. No hay muchas ocasiones para mostrarle públicamente mi agradecimiento, por eso a él y a nuestro hijo Víctor está dedicado este trabajo. Mis compañeros del Instituto de Historia del CSIC, Consuelo Naranjo, Miguel Ángel Puig-Samper, Francisco Pelayo, Loles González-Ripoll, Leida Fernández Prieto, que han sido mi soporte durante años, saben lo pesada que soy y la lata que doy, pero me aguantan mucho. En fin, para todas y todos mis gracias.